

# Afganistán y el espacio humanitario

**Pilar Estébanez**  
 Presidenta de la  
 Sociedad Española  
 de Medicina  
 Humanitaria



COVER ©

**En las últimas décadas hemos visto cómo se ha ido transformando el concepto de acción humanitaria. Iraq y Afganistán son paradigmas de esta perversión. Antes, la acción humanitaria consistía en la protección y la asistencia a las víctimas de desastres naturales o conflictos armados y se intervenía para prevenir el sufrimiento y proteger los derechos humanos, bajo las reglas del Derecho Internacional Humanitario, consensuadas tras la Primera Conferencia Internacional sobre Derecho Humanitario (París, 1987) y por las Naciones Unidas en 1989.**

**En** la actualidad el espacio humanitario se ha ido encogiendo a medida que otros intereses de los Gobiernos se han ido camuflando como intervenciones de carácter humanitario, imposibilitando, además la acción de las ONG. Es lo que está sucediendo en Iraq, lo que ha sucedido hace pocos meses en Myanmar, donde el Gobierno dictatorial no ha permitido que se acudiera a socorrer a las víctimas del ciclón Nargis, que provocó más de 300.000 muertos, y lo que está pasando en Afganistán. En el reciente conflicto entre Georgia y Rusia por Osetia del Sur, ambos países justificaron la intervención militar como "injerencia humanitaria".

En Afganistán, el 9 de noviembre de 2008 asesinaron en un atentado a dos militares españoles, donde estamos, junto con otros países desempeñando una inter-

vencción "de carácter humanitario" pero, al igual que el resto de las tropas internacionales presentes allí, dada la situación es poco lo que se puede hacer para ayudar a la población. A lo largo de estos años han muerto decenas de miles de personas y la inseguridad, para la población civil y para los trabajadores humanitarios es absoluta. Ésa es la realidad. La situación de la población civil de estos países, como en Iraq, no ha hecho sino empeorar desde que los Gobiernos occidentales, liderados por Estados Unidos, decidieron intervenir "por motivos humanitarios", supuestamente, pero la realidad que se constata es que lo hicieron más en defensa de sus intereses geopolíticos o económicos.

Esta dilución, esta perversión del concepto de la acción humanitaria, está afectando gravemente a los valo-

res que impulsaron ese concepto, hasta tal punto que ya no se sabe quién es quién en la batalla, quién es parte, quién es juez, quién es víctima... Intencionadamente se están borrando las fronteras entre la defensa de los propios intereses, el apoyo a grupos económicos o políticos concretos, a etnias determinadas o a supuestas víctimas, y se está dificultando enormemente el acceso a la población de los verdaderos actores de la acción humanitaria, que son las organizaciones de voluntarios y profesionales que se dedicaban a ello.

De hecho, según el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), la situación humanitaria en Afganistán ha empeorado bastante. Sobre todo desde 2006, porque el conflicto se ha recrudecido en el sur y el este del país y se extiende hacia el norte y el oeste. Según Amnistía Internacional, tanto las fuerzas internacionales como los grupos insurgentes afganos, cometen violaciones de los Derechos Humanos con impunidad. Se suceden los ataques indiscriminados de todos los bandos, desde los bombardeos aéreos, efectuados por la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF) y por las fuerzas de la Operación Libertad Duradera, dirigidas por Estados Unidos, hasta los atentados suicidas perpetrados por grupos armados. Según la Oficina para la Seguridad de las ONG en Afganistán, el año pasado hubo alrededor de 2.000 muertes de civiles no combatientes, de las que más de la cuarta parte fueron causadas por las fuerzas internacionales y algo menos de la mitad por los grupos insurgentes.

Los ataques terroristas están mostrando que no existen diferencias para los insurgentes talibanes sobre el carácter preciso de cada misión, y aunque el objetivo español sea la seguridad y ayuda a la población civil, estamos inmersos en la Operación Libertad Duradera, que tiene entre sus estrategias los bombardeos aéreos, los que, como se dijo, en muchas ocasiones están castigando a la población civil.

### Obstáculos a las operaciones humanitarias

Toda esta actividad bélica obstaculiza las operaciones humanitarias y el acceso a las poblaciones afectadas. En 2007, las misiones de las Naciones Unidas no pudieron acceder al 50% de los distritos del país durante prolongados períodos de tiempo debido a la inseguridad y a las restricciones de movimiento.

Y es la población afgana la gran víctima de toda esta situación. De este modo todos los esfuerzos humanitarios llevados a cabo tanto por las ONG en el terreno como por las tropas internacionales que realizan tareas

de reconstrucción parecen inútiles. Afganistán se encuentra en una situación de emergencia compleja desde hace veinte años, lo que ha provocado cerca de un millón de muertos, tres millones de mutilados, cinco millones de refugiados y un país totalmente destruido por el uso indiscriminado de armas de destrucción masiva incluyendo la utilización de uranio empobrecido. Según un Informe de UNICEF, la infraestructura del país ha quedado destruida casi en su totalidad. Alrededor de 22 millones de afganos (un 70% de la población) viven en la pobreza o en condiciones de vida muy deficientes. Un 40% de los niños menores de trece años tienen peso inferior al normal y un 54% sufren un retraso del crecimiento.

Finalmente, a todo este caos humanitario se añade una situación política interna especialmente grave con problemas casi endémicos: la corrupción gubernamental (las elecciones de 2004 y 2005 se celebraron salpicadas por rumores de fraude), el auge imparable del narcotráfico (los talibanes se están enriqueciendo gracias a la acelerada producción de opio, que ha llegado a las 6.100 toneladas en 2006, un 59% más que el año anterior) y la terrible situación de la mujer (el 36% de las niñas en edad escolar no asisten a clase por problemas de accesibilidad y organizaciones como la Asociación Revolucionaria de Mujeres Afganas –RAWA– denuncian que no hay mucha diferencia entre la actual situación y la de la época talibán). A todo ello se pueden añadir los abusos cometidos por los servicios de inteligencia afganos de la Dirección Nacional de Seguridad (que detiene, interroga, tortura, procesa y condena a todo aquel acusado de delitos contra la seguridad nacional), una policía mal formada y mal pagada, la falta de independencia judicial por la presión de los grupos armados y la celebración de procedimientos judiciales injustos, las continuas amenazas, intimidaciones, detenciones u homicidios a defensores de los Derechos Humanos y periodistas.

En este marco, las tropas españolas actúan bajo el despliegue de la ISAF de la OTAN para apoyar a la Autoridad de Transición Afgana en el mantenimiento de la seguridad en Kabul y sus alrededores, a petición de la ONU y del propio Gobierno afgano. En concreto, España dirige la Base de Herat, donde se forman a militares y policías afganos y desde la que se apoyan las operaciones de los Equipos de Reconstrucción Provincial (PRT) de la región oeste de Afganistán. Por su parte, el PRT español de Qala e Naw en Bagdhis, es el responsable de que las labores de reconstrucción sean una realidad. Entre sus misiones se encuentran garantizar la seguridad y el traba-

jo de los cooperantes de la AECEI y atender a la población afgana proporcionándole asistencia sanitaria, instalando alumbrado público y sistemas de saneamiento.

Nada de eso puede sustraerse a la realidad conocida de la falta de transparencia política por parte de la OTAN-EEUU sobre los objetivos reales de esta misión, ya que la Historia nos ha enseñado y tenemos ejemplos recientes que bajo objetivos muy loables se esconden otros más espurios por el control de zonas de intereses geopolíticos y económicos.

Hagamos memoria: hace unos años, en 1996, los talibanes tomaban Kabul con el apoyo directo de los servicios paquistaníes contando con el acuerdo de EEUU y Arabia Saudí, en el marco de conseguir la exportación de los hidrocarburos de Asia Central, en detrimento de Rusia e Irán. Por su parte, en aquel entonces, el Departamento de Estado norteamericano publicó un comunicado calificando de "positiva" la caída de Kabul en manos de los talibanes, los mismos a los que ahora combate. Esta década y la anterior muestra un claro ejemplo de la subordinación de los esfuerzos e instrumentos políticos, económicos y humanitarios del Occidente al servicio de la lucha contra el comunismo. Y también a esto se añaden los intereses de Washington por el proyecto del principal gasoducto que atraviesa el oeste de Afganistán, de la compañía americana Unocal y de la firma saudí Delta Oil. Este gasoducto, tiene un efecto adicional no ignorado por algunos ya que además de constituirse como un enlace directo para sacar los hidrocarburos de Asia Central y del mar Caspio consigue reforzar el aislamiento de Irán y reducir el papel de Rusia en la zona. Si al gasoducto de Unocal y al control del narcotráfico (opio), se suman las riquezas de Turmekistán (con su reservas de hidrocarburos), el oro de Uzbekistán, la plata y el uranio de Tayikistán, y los intereses de la British Gas y Agip por el petróleo y el gas de Kazajistán, es fácil ver que Afganistán se encuentra en la confluencia de las tramas de intereses económicos y geopolíticos de paquistaníes, saudíes, rusos y occidentales.

Somos conscientes de que la situación de Afganistán es delicada, y de la necesidad del control del terrorismo mundial. Así lo ha señalado nuestra Ministra al recalcar la necesidad de estabilizar un país que afecta a la seguridad mundial. Sin embargo a estas alturas se necesita que de una vez por todas se admita el fracaso de esta estrategia militar. La solución que muchas voces piden

pasa por buscar otras estrategias, pues este conflicto no tiene una salida militar. Se requiere un cambio de enfoque, pues la ocupación militar nunca ha sido un método efectivo para acabar con grupos terroristas y habría que plantearlo con objetivos más realistas y otro tipo de estrategias contrainsurgentes y con enfoques que se centren más en acciones políticas, diplomáticas y de inteligencia que con las medidas actuales de bombardeos indiscriminados. A esto hay que añadir la necesidad de una lucha decidida contra la corrupción y, de una vez por todas, la tan necesaria transparencia diplomática y política a la hora de llegar a consensos internacionales en el contexto militar de la OTAN.

En el plano humanitario, es esencial conseguir que los organismos internacionales de Naciones Unidas y las ONG dedicadas a la acción humanitaria recuperen la imparcialidad, la independencia y la fuerza necesaria para actuar al margen de los intereses bélicos de ambos bandos, por difícil que esto sea. Además, es clave que el concepto de la acción humanitaria quede limpio de los intereses económicos y estratégicos que se ocultan a la opinión pública.

*La perversión de la acción humanitaria está afectando gravemente a los valores que impulsaron ese concepto, hasta tal punto que ya no se sabe quién es quién en la batalla, quién es parte, quién es juez o quién es víctima.*

Añadamos a este panorama desolador la inoperancia de las Naciones Unidas, cuyo Consejo de Seguridad, formado por las grandes potencias, manipula a su antojo en defensa de los intereses de esas potencias al determinar cuándo, cómo y por qué se debe o no se debe intervenir. Mientras tanto, la inestabilidad y la calidad de vida de los afganos empeorarán gravemente a medida que este conflicto siga sin resolver.

En fin, se debe reforzar y facilitar la actuación de los organismos realmente dedicados a la tarea humanitaria, y eso depende también de los gobiernos y de las sociedades occidentales. Se hace necesario, en esta situación, recuperar los valores que en los ochenta un grupo de humanitarios lograron imponer con un único y valeroso objetivo: socorrer a las poblaciones que sufren, sin distinción de ideologías, razas o creencias religiosas. Se hace necesario volver a poner los intereses de la población civil por encima de cualquier otro interés. **TEMAS**